

xorable ley de la gravedad, nació el mundo como en los días primordiales, y alcanzaba ese desarrollo monstruoso que forma sus relatos de viaje por entre las almas de los hombres. Así, cuando para todos estaba adormilada, fatigada, despeada y sumida en soporosa fuga la conciencia de Rendón, cuando apenas brillaban sus ojos por un minuto para oscurecerse otra vez bajo el peso de los párpados, muchas veces creímos sorprender un relámpago de visión del tras-mundo, y estamos seguros, porque lo vimos, que bastaba un segundo, el paseo lento de su mirada casi vidriosa por sobre el absurdo paisaje nocturno, para que se descolgaran pesadas de sus labios unas palabras que dejaban ver el proceso vertiginoso de humorismo, de sarcasmo, de la meditación extraviada, en una ráfaga de claridad que fatalmente se fijaba en su memoria para cuando despertase el mecánico a sacar el recuerdo perdido en la punta del lápiz dócil.

Yo, compañeros, os confieso, en esta hora en que pululan los amigos y en que se agita alrededor de la tumba una rumorosa marea de recuerdos íntimos, que nunca ví en Rendón al camarada. Bien hubiera podido verlo como muchos ahora, como lo vieron entonces, porque camaradería era para ellos transitoria habitación y fugaz albergue bajo una misma techumbre de figón. Yo, en su mesa, a su lado, cuando nos sorprendió más de una alba pueril o dramática, en largos paseos sin hablar, en confraternidad aparente de cuerpos, siempre me sentí abrumado y perplejo, tanteando en su conciencia con preguntas que traicionaban siempre mi deseo de excavar en su alma remota. Nuestros diálogos fueron siempre preguntas, desoladas y desiertas en largas estancias de silencio. Se defendía con astucia, porque temía que alguien adivinara detrás de su obra y por encima de ella, a pesar de sus carcajadas ficticias y sus desbaratadas aventuras, algo que era superior a lo humano, allí colocado a la vista de todos. No me interesó su vida, jamás hice inquisiciones policivas sobre aquellas lagunas de tiempo que tenían que existir entre él, insomne, y nosotros adoloridos a las seis horas de vigilia. Pero su alma, que me pareció excesivamente extensa, difícil de medir con la torpe medida que yo podía aplicarle, fue siempre una montaña rusa sobresaltada y llena de vértigos, y os digo con simpleza de espíritu que sólo en Dostoiewski existió tan ilimitada extensión. Ya os oigo rumorar por lo bajo de vuestras sonrisas que este meridiano es propicio para que en él grabemos con oro universal las comarcas acciones de nuestros próceres.

Pues bien. Yo retiro el paralelo que me surge espontáneamente entre la vida del genio ruso y la del humorista colombiano y lo retiro si alguno de vosotros ha mentido alguna vez contra Rendón, si alguno de vosotros se ha atrevido a calumniarlo o a roerlo, si alguno entre nosotros calificó su arte siquiera con la rigidez de la crítica técnica,

que bien podría hacerse, si alguien entre todos sus amigos puede ufanarse de mostrarnos hoy un Rendón limitado, sin vaguedad ni superficies desconocidas, o si alguno de todos le faltó una sola vez al respeto, a él que anduvo entre aquellas encrucijadas en que el respeto se marchita como instinto epíctico y mezquino. Pasó por toda esa vida suburbana y andrajosa, ebrio de su propio destino cómplice, se hundió en la romería de los desamparados, se mezcló en las peregrinaciones de los rebeldes, vivió entre gentes de resaca, y pasaba por entre la submarina flora de la noche pecaminosa, como un sonámbulo entre el silencio respetuoso de los que temen que un grito inoportuno, o un escándalo o un manotón díscolo lo hagan despertar de su éxtasis y de su misterio. Así son las figuras de Dostoiewski, en que el epiléptico gustaba de retratarse, así es aquel Karamasoff, santo, que predicaba la llegada del tercer reino en casa de una moza de forzado, así aquellos santones que dejaban caer el prodigio goteado de su misión extrahumana en las guaridas de los asesinos y ladrones, entre el rumor de los vasos que se quiebran con el torvo mazazo de las palabras blasfemas. Decidme si alguien, a menos que ignorase quién era, pudo alguna vez burlarse de su suelo o mofarse de su ánimo por la debilidad de la envoltura. Y eso que pasaba, con su tercer reino entre los ojos hundidos, sin hablar, porque fue un santo casi mudo, prendido a su vida de adentro, por entre la algarabía de los matones, alcahuetes y deslenguados, y que muchas veces provocaba con el solo estrépito de su risa lejana la reacción bárbara en los acantilados salvajes de aquellas balbucientes conciencias.

Su obra, ya habrá quién la mida con el metro mínimo de la utilidad. Ya habrá quién os diga cómo fue de fértil todo lo que salió de su pluma, y cómo a su empuje caían y se levantaban los hombres, estrujados por su sarcasmo. Habrá más de una secta agradecida que a él le debe el impulso de la victoria, la creación de un plano popular para sus hazañas y el que hubiera destruido con una fuerza gigantesca en la cual abunda otra vez lo extraordinario, regímenes y reinos, mandatos arbitrarios y fraudulentas autoridades. Pero cuando tal estén haciendo, yo lanzaré mi interrogación perdida a la fe que tengo de que Rendón sobrepasó, él, no su obra, el mapa donde se mueve lo normal, lo común, lo sano, para entrar en las regiones donde se abren los círculos continuos del misterio. La pregunta es: ¿Qué perseguía Rendón? ¿Puede alguien decirme cuál hubiera sido la satisfacción de su deseo? ¿Estáis seguros de que si hubiérais hecho una república perfecta, un mundo angélico, no habría encontrado la sátira de lo angélico y se hubiera ahogado en la necesidad de lo imperfecto?

La patria de Rendón no era sólo el trozo de tierra que le templaba los nervios cuando lo sentía amenazado, mutilado o deformado.

La patria de Rendón no era la mulata que soñamos muchos, robusta de sus propias carnes, provocativa y azarosa, en su extravagante mezcla de razas de todo el planeta. La patria de Rendón no fue como la nuestra, objetiva y sentimental, sino evaporada, magra y toda inteligencia. La patria de Rendón era el tercer reino, de hombres que no llegarán nunca, no de fronteras y suelo mojonado, sino patria imprecisa, con hombres elásticos apasionados y extendidos en anhelos confusos. Es ese tercer reino de Dostoiewsky, que nunca se dijo cómo era, que jamás salió con forma de la boca de los santos, que era una aspiración y no una limitada realidad, que era un deseo interminable, una mística patria pródiga de sorpresas y variedades.

Para buscar una patria de carne no se va como iba Rendón, a investigarla entre las gentes que lo rodearon, aquellos hombres truncos que departieron con él en largas veladas, llenos de aspiraciones confusas, que enloquecerían si los obligaran a precisar su anhelo, gaseosos pobladores del tercer reino, habitantes de la patria desconocida, ciudadanos de una república en la cual, como en la de Gaspar, fueron ellos los únicos ciudadanos.

Yo no puedo, compañeros, sorprenderme de la manera como se abrió paso Rendón hacia esta tumba. En su vida lo único que comprendo bien es su muerte. Lo demás es demasiado ilógico, grande, nocturno, para mi pobre alma de hombre de día que sufre oftalmía por exceso de luz.

Cuando Dostoiewsky murió comenzó en toda Rusia, de la frontera al corazón, el gran desfile popular. Patrullas silenciosas de mujiks caminaban por entre la nieve, sobre largas rutas dormidas, para llegar hasta la casa en que el santo estaba expuesto con los brazos en cruz, la cruz sobre el pecho, las barbas plebeyas cubriendo el gesto adolorido y la melena áspera vertida en lágrimas sobre la frente abombada por la presión interna. ¿Y qué fue Dostoiewsky? Un novelista. Un creador de humanidad, pero para las gentes, apenas el atropellado narrador de vidas dispersas. Alguien me dirá por qué yo quiero ver ese desfile hasta esta tumba que abrimos con el temor de que al echar en ella el cuerpo, y sobre él la tierra morena, no haya jamás la resurrección de aquello que lo animó en sus correrías vacilantes. Podéis reducirlo, podéis limitarlo, y dejarlo apenas del tamaño que os conviene para la fácil comprensión, y deciros que no enterráis aquí sino un dibujante, un caricaturista, un humorista. Pero el pueblo sintió que esas líneas, que ni siquiera tenían la pueril pureza que muchos ambicionan como perfección, salían de la mano del dibujante, pero movidas por el corazón de la multitud. El pueblo de Colombia, el de la llanura azotada por un barrer de sol eterno, el de la montaña llena de vahos vegetales, brotados de las raíces monstruosas, el de los ríos humildes o de los grandes ríos anchurosos, ese pueblo de la aldea o la ciudad, el